

## CAMINOS DE MAYO

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

---

## CAMINOS DE MAYO

*Una mirada al mundo, una mirada al Pueblo de Dios (cfr. I Petr. II, 10), en este mes de mayo que comienza, nos hace contemplar el espectáculo de esa devoción mariana que se manifiesta en tantas costumbres, antiguas o nuevas, pero vividas con un mismo espíritu de amor.*

*Da alegría comprobar que la devoción a la Virgen está siempre viva, despertando en las almas cristianas el impulso sobrenatural para obrar como domestici fidei, como miembros de la familia de Dios (Ephes. II, 19).*

*Seguramente también vosotros, al ver en estos días a tantos cristianos que expresan de mil formas diversas su cariño a la Virgen Santa María, os sentís más dentro de la Iglesia, más hermanos de todos esos hermanos vuestros<sup>1</sup>.*

Muchas manifestaciones de piedad mariana, fruto de la devoción de los cristianos a la Madre de Dios, alegran el mes de mayo. Honrando a la Virgen se rinde honor a su Hijo, *porque María es siempre camino que conduce a Cristo. Todo encuentro con Ella no puede menos de terminar en un encuentro con Cristo mismo. ¿Y qué otra cosa significa el continuo recurso a María sino buscar entre sus brazos, en Ella, por Ella y*

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 139.

*con Ella a Cristo, Nuestro Salvador, a quien los hombres —en los desalientos y peligros de aquí abajo— tienen el deber y experimentan la necesidad de dirigirse como a puerto de salvación y fuente trascendente de la vida?* <sup>2</sup>.

Como muchos otros cristianos, también nosotros —hijos de la Virgen, a la que amamos con toda nuestra alma— procuramos ofrecer a Nuestra Madre a lo largo del mes de mayo un cariño más delicado, atento a renovarse día a día, que se manifiesta en el esfuerzo por cumplir muy bien las Normas, especialmente las Normas marianas. Cada uno por su cuenta, según sus circunstancias particulares, procura ofrecer a la Virgen algún pequeño obsequio que exprese la realidad profunda de nuestra piedad. *¿Cómo se comportan un hijo o una hija normales con su madre? De mil maneras, pero siempre con cariño y con confianza. Con un cariño que discurrirá en cada caso por cauces determinados, nacidos de la vida misma, que no son nunca algo frío, sino costumbres entrañables de hogar, pequeños detalles diarios, que el hijo necesita tener con su madre y que la madre echa de menos si el hijo alguna vez los olvida: un beso o una caricia al salir o al volver a casa, un pequeño obsequio, unas palabras expresivas* <sup>3</sup>.

### *Romerías marianas*

Junto a estas devociones personales, el mes de mayo actualiza otra manifestación de la piedad mariana: la romería. Desde muy antiguo, ha gustado a los cristianos visitar —con motivo de alguna fiesta señalada— una ermita, un santuario renombrado, una imagen de la Virgen especialmente venerada. Son ocasiones de alegría, de oración, de sacrificio y de entrega.

(2) Pablo VI, Litt. enc. *Mense maio*, 29-IV-1965.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

En la vida de la Obra, también hemos sentido la necesidad de acudir a la Virgen en romería, pero sin necesidad de manifestaciones externas y públicas de penitencia o de devoción. Se trata sencillamente de un sentimiento de afecto filial, que quiere expresarse con el acto más sencillo y normal que el amor sugiere, sin reclamar la atención de la gente: una visita a Nuestra Madre, en la ciudad o en el campo, para hablar con Ella y decirle una vez más que la queremos.

Alguna vez nos habló nuestro Padre del nacimiento de esta Costumbre mariana, que surgió durante una visita, *a una ermita de la Virgen, en tierra castellana: a Sonsoles.*

*No era una romería tal como se entiende habitualmente. No era ruidosa ni masiva: íbamos tres personas. Respeto y amo esas otras manifestaciones públicas de piedad, pero personalmente prefiero intentar ofrecer a María el mismo cariño y el mismo entusiasmo, con visitas personales, o en pequeños grupos, con sabor de intimidad <sup>4</sup>.*

La romería es una muestra de nuestro afecto a la Virgen, que tanto ha protegido y guiado a la Obra desde sus comienzos. Desde entonces, *en numerosas y habituales visitas a Santuarios de Nuestra Señora, he tenido ocasión de reflexionar y de meditar sobre esta realidad del cariño de tantos cristianos a la Madre de Jesús. Y he pensado siempre que ese cariño es una correspondencia de amor, una muestra de agradecimiento filial. Porque María está muy unida a esa manifestación máxima del amor de Dios: la Encarnación del Verbo, que se hizo hombre como nosotros y cargó con nuestras miserias y pecados. María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres <sup>5</sup>.*

Nuestra romería conserva plenamente los rasgos que han caracterizado esta costumbre a lo largo de los siglos: es una visita a la Virgen, impregnada de espíritu de oración y de mortificación

(4) *Ibid.*, n. 139.

(5) *Ibid.*, n. 140.



*El rezo del Rosario*

El rezo de los quince misterios del Rosario y de las letanías lauretanas encauza nuestro espíritu contemplativo durante la romería. Los gozos, los dolores y las glorias de la vida de María tejen una corona de alabanzas que repiten ininterrumpidamente los Angeles y los bienaventurados en el cielo. Los misterios que contemplamos en el Rosario son los puntos centrales de esa historia de misericordia y de salvación que Dios Nuestro Señor —mediante su encarnación, vida, muerte, resurrección y glorificación— ha querido realizar en la tierra. El Rosario es, por este motivo, una síntesis viva de nuestra fe católica, que tanto amamos; alimento de la piedad y ocasión propicia para penetrar de un modo personal en esa vida divina y humana del Hijo de Dios, que se nos hace asequible y se nos entrega por medio de su Madre.

*Para comprender el papel que María desempeña en la vida cristiana, para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante.*

*La fe católica ha sabido reconocer en María un signo privilegiado del amor de Dios: Dios nos llama ya ahora sus amigos, su gracia obra en nosotros, nos regenera del pecado, nos da las fuerzas para que, entre las debilidades propias de quien aún es polvo y miseria, podamos reflejar de algún modo el rostro de Cristo. No somos sólo naufragos a los que Dios ha prometido salvar, sino que esa salvación obra ya en nosotros. Nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansia la luz pero que gime entre las angustias de la oscuridad, sino el de un hijo que se sabe amado por su Padre.*

*De esa cordialidad, de esa confianza, de esa seguridad, nos habla María. Por eso su nombre llega tan derecho al corazón. La relación de cada uno de nosotros con nuestra propia madre, pue-*

*de servirnos de modelo y de pauta para nuestro trato con la Señora del Dulce Nombre, María. Hemos de amar a Dios con el mismo corazón con el que queremos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los otros miembros de nuestra familia, a nuestros amigos o amigas: no tenemos otro corazón. Y con ese mismo corazón hemos de tratar a María* <sup>6</sup>.

Con el rezo del Rosario, *en el que el alma no se cansa de decir siempre las mismas cosas, como no se cansan los enamorados cuando se quieren* <sup>7</sup>, la romería se llena de intimidad con Nuestra Señora. Cada avemaria, cada saludo a la Virgen, es un nuevo latido de un corazón enamorado. Pero hay que procurar rezarlo bien, considerando esas oraciones que el Arcángel San Gabriel dirigió a Santa María de parte de Dios, y las palabras encendidas con que Isabel —inspirada por el Espíritu Santo— saludó a la Virgen. De esta manera, nuestra romería estará llena de Dios, será verdaderamente una manifestación elocuente de nuestra vida contemplativa, que en todo lugar y de cualquier modo procura abrirse cauce para mantener un diálogo con el Señor.

*Con espíritu penitente y apostólico*

También el espíritu de penitencia está presente a lo largo de la romería. Son pequeñas mortificaciones que ofrecemos gustosamente a la Virgen por las intenciones del Padre, por las necesidades de la Iglesia, por la vocación de nuestros amigos: hacer a pie el recorrido de la romería, o al menos la última parte del trayecto; aceptar con alegría las pequeñas incomodidades del camino o las inclemencias del tiempo; privarse del pequeño refrigerio o merienda, que sería normal en un paseo o en una excursión...; detalles que demuestran realmente el espíritu de penitencia que nos anima, tan recomendado por la Santísima Virgen en Fátima y en Lourdes, y tan alabado por la Iglesia.

(6) *Ibid.*, n. 142.

(7) *Ibid.*

Junto al espíritu de oración y de penitencia, una tercera característica: el afán apostólico. Nuestra vocación nos lleva a ver almas en todas las personas que pasan a nuestro lado: almas que hay que salvar, almas que es preciso acercar a Dios Nuestro Señor. *No podemos vivir de espaldas a la muchedumbre, encerrados en nuestro pequeño mundo. No fue así como vivió Jesús. Los Evangelios nos hablan muchas veces de su misericordia, de su capacidad de participar en el dolor y en las necesidades de los demás: se compadece de la viuda de Naím (cfr. Luc. VII, 11-17), llora por la muerte de Lázaro (cfr. Ioann. XI, 33), se preocupa de las multitudes que le siguen y que no tienen qué comer (cfr. Matth. XV, 32), se compadece también sobre todo de los pecadores, de los que caminan por el mundo sin conocer la luz ni la verdad: desembarcando vio Jesús una gran muchedumbre, y enterneciéronsele con tal vista las entrañas, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a instruirlos en muchas cosas (Marc. VI, 34).*

*Cuando somos de verdad hijos de María comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia. Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, las equivocaciones, la soledad, la angustia, el dolor de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarles en sus necesidades, y de hablarles de Dios para que sepan tratarle como hijos y puedan conocer las delicadezas maternas de María <sup>8</sup>.*

*En aquella romería de que os hablaba al principio, mientras caminábamos hacia la ermita de Sonsoles, pasamos junto a unos campos de trigo. Las mieses brillaban al sol, mecidas por el viento. Vino entonces a mi memoria un texto del Evangelio, unas palabras que el Señor dirigió al grupo de sus discípulos: ¿No decís vosotros: ea, dentro de cuatro meses estaremos ya en la siega? Pues ahora yo os digo: alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse (Ioann. IV, 35). Pensé una vez más que el Señor quería meter en nuestros co-*

<sup>(8)</sup> *Ibid.*, n. 146.



*razones el mismo afán, el mismo fuego que dominaba el suyo. Y, apartándome un poco del camino, recogí unas espigas para que me sirvieran de recordatorio* <sup>9</sup>.

Muchas veces, recordando aquellos campos de Castilla cercanos a Sonsoles, nos ha hablado el Padre de esas espigas grandes, cuajadas de granos que doblaban los tallos con su peso, como reclamando la llegada de los segadores. Y al corazón ha acudido entonces un ardiente afán proselitista.

*Leía yo esta mañana* —comentaba nuestro Fundador hace algunos años— *unos versos viejos, escritos hacia el año 1200, cuando las lenguas romances comenzaban a desarrollarse; leía aquellos cantos de segadores, y cantaban así los hombres que recogían la mies de los campos: ésta sí que es siega de vida / ésta sí que es siega de flor.*

*Cuando pensamos, hijos míos, en las hambres de verdad que hay en el mundo; en la nobleza de tantos corazones que no tienen luz; en la flaqueza mía y en la vuestra, y en la de tantos que tenemos motivos para estar deslumbrados por la luz del Señor; cuando sentimos la necesidad de sembrar la luz de Cristo, para que se pueda hacer esa siega de vida, esa siega de flor, nos acordamos —y es cosa que hemos meditado muchas veces— de aquel andar de Cristo hambriento por los caminos de Palestina.*

Por aquel tiempo —*escribe San Mateo*— *pasó Jesús en día de sábado junto a unos sembrados; y teniendo hambre sus discípulos, comenzaron a coger espigas y a comer los granos (Matth. XII, 1). También ellos, como nosotros ahora, considerarían la necesidad de difundir la Buena Nueva, mientras andaban por un trigal res-tregando entre las manos aquellas espigas cuajadas y comiendo los granos con hambre.*

*Messis quidem multa. La mies, la muchedumbre de los hombres que entonces había y de los que habían de venir después, era mucha. Messis quidem multa, operarii autem pauci (Matth. IX, 37): la mies es mucha pero los obreros son pocos. ¿No es esto lo*

(9) *Ibid.*

*que os digo yo tantas veces, de mil formas diversas, cuando nos ponemos a considerar las necesidades de la Obra en esta Región o en aquella otra, cuando hay dificultades o la imposibilidad casi física de marchar a un nuevo país, o de iniciar una nueva labor porque —aun habiendo muchas— hacen falta más vocaciones? Os digo entonces que hay que dejar que pase el tiempo, hay que acudir al Señor: rogare ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam (Matth. IX, 38), rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*<sup>10</sup>.

### *Un aliado del proselitismo*

Esta es una de las características principales de la romería: llevar con nosotros a nuestros amigos, a esas personas que tratamos de acercar a Dios, para que conozcan mejor a Nuestra Madre y se enamoren de Ella, para que la Virgen los tome a su cuidado, bajo su manto, y consiga para ellos la vocación. *Hemos de sentir la ilusión de no permanecer solos, debemos animar a otros a que contribuyan a esa misión divina de llevar el gozo y la paz a los corazones de los hombres. En la medida en que progresáis, atraed a los demás con vosotros, escribe San Gregorio Magno; desead tener compañeros en el camino hacia el Señor (Hom. in Ev. 6, 6)*<sup>11</sup>.

La romería es una ocasión excelente para meterse de lleno en la vida de los demás, para abrir horizontes, para despertar —en las almas que estén dispuestas— la llamada divina a santificar la vida ordinaria. Muchas nobles decisiones pueden surgir con ocasión de una visita a la Virgen en el mes de mayo: el Señor, su Iglesia y su Obra lo necesitan, para extender la luz de Cristo a todas las naciones, para hacer que brille —entre las tinieblas de desconcierto y de ignorancia que envuelven a

(10) De nuestro Padre, Meditación, 26-III-1964.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 147.



tantas almas— la verdad de Dios, que hemos de presentar accesible a todos con nuestra palabra y con el ejemplo de nuestra vida. *Actuando así daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y con los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: ¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad?, ¿quién os enseña a vivir la comprensión, la limpia convivencia y la entrega, el servicio a los demás?*

*Es entonces el momento de descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: de hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María. El momento de procurar transmitir, a través de las pobres palabras nuestras, esa locura del amor de Dios que la gracia ha derramado en nuestros corazones* <sup>12</sup>.

Hemos de ser audaces para invitar a la romería a aquellas personas difíciles, a aquellos amigos reacios o poco piadosos, sabiendo descubrirles la entraña humana y divina de esta costumbre cristiana. *Sed audaces*, insiste nuestro Padre. *Contáis con la ayuda de María, Regina Apostolorum. Y Nuestra Señora, sin dejar de comportarse como Madre, sabe colocar a sus hijos delante de sus precisas responsabilidades. María, a quienes se acercan a Ella y contemplan su vida, les hace siempre el inmenso favor de llevarlos a la Cruz, de ponerlos frente a frente al ejemplo del Hijo de Dios. Y en ese enfrentamiento, donde se decide la vida cristiana, María intercede para que nuestra conducta culmine con una reconciliación del hermano menor —tú y yo— con el Hijo primogénito del Padre* <sup>13</sup>. Tenemos experiencias sorprendentes, manifestaciones diáfanas de la voluntad salvadora de Dios, que —cuando se trata de honrar a su Madre— no deja de volcarse en las almas y concede su gracia a raudales. Para muchos amigos nuestros, la romería ha sido, no ya el fruto o la coronación de un proceso de mejoramiento comenzado anteriormente, sino el inicio

(12) *Ibid.*, n. 148.

(13) *Ibid.*, n. 149.

de un camino, la puesta en marcha hacia el Señor: una verdadera conversión. *Es necesario, pues, despertar a quienes hayan podido caer en ese mal sueño: recordarles que la vida no es cosa de juego, sino tesoro divino que hay que hacer fructificar* <sup>14</sup>.

El afán proselitista nos empujará a hacer la romería con aquellos amigos *que podrían dar más, y no se deciden; que podrían entregarse del todo, viviendo todas las consecuencias de su vocación de hijos de Dios, pero se resisten a ser generosos (...). Es necesario también enseñar el camino, a quienes tienen buena voluntad y buenos deseos, pero no saben cómo llevarlos a la práctica. Cristo nos urge. Cada uno de vosotros ha de ser no sólo apóstol, sino apóstol de apóstoles, que arrastre a otros, que mueva a los demás para que también ellos den a conocer a Jesucristo* <sup>15</sup>.

No nos faltará la ayuda de la Virgen. Si ponemos de nuestra parte todo el esfuerzo, si nos entregamos apasionadamente a la misión que su Hijo nos ha encomendado, si sazonamos el apostolado y el proselitismo con los ingredientes imprescindibles de la oración y la mortificación, el Señor dará a muchas almas la gracia de la vocación al Opus Dei, y otras muchas entrarán por caminos de fe, de amor y de esperanza.

En su Evangelio, San Juan narra una escena admirable: las bodas de Caná, donde María Santísima demostró su cariño de Madre al interceder por los hombres. Después de reclamar de su Hijo un prodigio de misericordia, dirigió a los sirvientes un consejo —*haced lo que El os dirá* <sup>16</sup>—, que hizo posible la conversión del agua en vino. *De eso se trata: de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis facere? (Act. IX, 6), Señor, ¿qué quieres que yo haga?* <sup>17</sup>.

Por eso, procuraremos hacer la romería acompañados por algún amigo, de manera que esta costumbre mariana sea apostólica en la intención y en el modo; y, si es posible, visitaremos varias veces a Nuestra Madre, para que sean más las almas que ponemos especialmente bajo su

(14) *Ibid.*, n. 147.

(15) *Ibid.*

(16) *Ioann.* II, 5.

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 149.

protección. Sabemos bien —¡lo hemos visto y experimentado tantas veces!— que *muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva. Y así el haced lo que El os dirá se ha convertido en realidades de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal* <sup>18</sup>.

El Señor quiere de nosotros que no desaprovechemos la ocasión del mes de mayo para crecer en su amor a través del trato con su Madre. Que cada día sepamos tener con Ella esos detalles de hijos —cosas pequeñas, atenciones delicadas—, que se van haciendo grandes realidades de santidad personal y de apostolado, es decir, de empeño constante por contribuir a la salvación que Cristo ha venido a traer al mundo.

*Sancta Maria, spes nostra, ancilla Domini, sedes sapientiae, ora pro nobis! Santa María, esperanza nuestra, esclava del Señor, asiento de la Sabiduría, ¡ruega por nosotros!* <sup>19</sup>.

(18) *Ibid.*

(19) *Ibid.*

[Anterior](#) - [Siguiete](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)